

Recuerdos de Elizabeth Uteau y Solange Voullième⁴

Elizabeth: Un día en el que andaba buscando colegio para mis hijos, tuve un choque en el auto que manejaba. Estaba muy afligida, porque no teníamos recursos para educar a los cinco niños en un colegio como el Castella, que a mí me gustaba mucho, poder financiar nuestros gastos y vivir relativamente tranquilos, todo eso solo con el sueldo de profesor universitario que recibía mi marido. Creo que iba pensando en cómo solucionar ese tema de nuestra supervivencia, cuando choqué. A raíz del choque, comenzó a ver el auto un mecánico que, por esas cosas de la vida, era el dueño de una fuente de soda. No sé cómo ocurrió exactamente, porque yo no tenía ninguna experiencia en ese tipo de negocios, no sabía cocinar, ni nada, pero me convenció de quedarme con el local. Era un lugar pequeño, bastante feo, pero bien ubicado, y para mí fue fundamental que la salonera y la cocinera se quedaran a ayudarnos. Empezaron a llegar los actores (los teatros quedaban muy cerca) y, como era muy pequeño, se llenaba. Había ponchos, guitarras y, sin que nadie les dijera nada, los chilenos empezaron a armar su peña. El Rincón Chileno comenzó a ser un lugar de encuentro. Había vino, que se tenía que vender caro, porque en esa época no había vino chileno en Costa Rica. Mi madre estaba justo allá en ese tiempo. Ella daba las recetas, se quedaba unos meses y volvía a Chile, pero cuando estaba con nosotros, ayudaba, aconsejando con las comidas para ofrecer en la carta.

De mis cinco hijos, Solange, la segunda, atendía a los hermanos. El hijo mayor se asiló en Chile en la Embajada de Honduras y llegó a Costa Rica. Mi marido, que era médico, solo encontró trabajo como profesor universitario en San José y ese sueldo no alcanzaba; yo creo que por eso me tenté con la idea de poner el local. Llamaba la atención que nosotros invitáramos a comer una empanada y a tomar una copa de vino, que en realidad no era una copa, sino un vaso, muy sencillo. El Rincón Chileno fue un lugar de encuentro para actores de Costa Rica, Chile, Uruguay, Argentina y para gente diversa, diplomáticos europeos incluidos, que vivían en San José. Desde que abrimos, pasaba repleto de gente. Hubo días en los que el local se cerraba a las siete de la mañana y se abría poco después, una vez que habíamos ordenado un poco el espacio. En medio de todo esto, mi marido, quien estaba a disgusto en la universidad porque decía que le robaban las ideas y él no lograba hacer las cosas que pensaba que quería y podía hacer ahí, decidió llegar un día al local a una hora

⁴ Elizabeth llevó adelante el local La Copucha junto a su marido Norman Voullième y a sus hijos. Solange es una de ellos.

inusual, a las 15 horas, y me comunicó que había dejado la universidad. Yo casi me morí de la impresión, pero no logré convencerlo de que volviera.

Comenzamos entonces a trabajar los dos y el hijo mayor en el local. El éxito era tal que apareció un argentino y nos ofreció una sociedad. En realidad, eso del “éxito” no era sinónimo de ganar mucho dinero, porque lo que ingresaba, se gastaba en compras para el día siguiente. A mí, esa oferta de la sociedad por parte del argentino primero me generó desconfianza, pero luego arrendamos un local que quedaba al frente, del que lo único que se veía era la puerta. Ese era La Copucha. Terminó el año, devolvimos El Rincón Chileno y toda la gente que iba, que era mucha día a día, empezó a preguntar a qué lugar nos íbamos, porque no la podíamos dejar sin local a dónde llegar. Incluso, el fin de semana esa gente iba a nuestra casa y comía ahí. En 1977 se inauguró La Copucha, luego de una remodelación que le hicimos al sitio, que era una casa antigua y espaciosa. Se hizo una *mezzanine* en el segundo piso, porque los techos eran muy altos y había un entresuelo, se puso una escalera de caracol, se hicieron baños, entre otras cosas. Se cambiaron los pisos, se les puso piso a otras piezas; en fin, se habilitó el lugar para un local. En el centro, se hizo un *radier*, es decir, una base de cemento con tierra de color, que luego se enceró. En la sala del medio, donde antes había una glorieta, pusimos bancas de madera en forma de “L” y ahí la gente tenía que sentarse y se conocía (o se peleaba). Las sillas eran muy pesadas y era muy difícil moverlas. Tenía un mesón muy bonito ese espacio. Estaba forrado en cobre. Lo hizo Yaco Serrano, un chileno muy querido.

Las lámparas y los vasos estaban hechos a partir de botellas largas de vino; eran de vidrio empavonado. Todo eso llamaba mucho la atención. Con las bases de las mismas botellas hicimos ceniceros, o bien los usábamos como pequeños recipientes para poner pebre. Llegaban muchos intelectuales al local. Gente que estudiaba diversas carreras, también, no solo profesionales de las artes. Mucha gente se hizo amiga entre sí en La Copucha. Norman, mi marido, era muy buen conversador, pero también era alguien que escuchaba mucho. Sabía cocinar muy bien y a la gente le causaba extrañeza encontrarse ahí con un médico-cocinero. Hicimos individuales de papel, nos ayudó a ilustrarlos Hugo Díaz, un dibujante muy conocido. La gente escribía en esos individuales de papel y los que contenían los mejores comentarios se elegían.

Solange: Yo hacía las tortas de milhojas, que se vendían como las tortas chilenas, cuando tenía 15 años, en La Copucha. Esa era una receta que me enseñó Sara Astica. Los Gaete Astica llegaron más o menos en la misma época que nosotros, los Voullième

Uteau, a Costa Rica. Trabajar o ayudar en el local era parte de nuestra vida. Cada quien apechugaba, sin demasiado reclamo. Yo estuve alrededor de dos años en la caja y trabajé hasta de *bartender*, cuando tuve la edad suficiente para hacerlo. La ventaja de nuestra familia fue llegar a un país pacífico, alegre, acogedor, sin Fuerzas Armadas, donde se podía andar sola como niña o adolescente hasta muy tarde y no había ningún peligro. La moda no existía como problema; es decir, uno se podía vestir como quisiera o pudiera y, en conjunto, era una vida entretenida, dentro de todo lo que estaba pasando en otras partes. Yo tenía 12 años para el golpe. Veíamos muchas películas, teníamos mucha información de lo que estaba ocurriendo en Chile. Medio mundo pasaba por Costa Rica; entonces aprendimos muy rápido a valorar el lugar al que habíamos llegado.

Elizabeth: Vicky fue la salonera que me convenció de emprender la aventura del restaurante. Falleció pronto. Ella y su marido trabajaron al inicio con nosotros, en El Rincón Chileno. Eran gente muy buena. En El Rincón Chileno fui visitada varias veces por Migración. Yo no tenía permiso de trabajo; mi marido tenía permiso de trabajo como profesor invitado. Vicky era la que salvaba la situación, sirviéndoles una bebida y una empanada a los funcionarios, a quienes reconocía cuando entraban, mientras a mí me decía que me sentara por ahí, en alguna de las mesas, como si hubiera sido una cliente del local.

Un día llegaron y yo decidí enfrentar al tipo que venía a fiscalizar. Como ese día yo andaba con un delantal de esos de plástico, como los que usan los carniceros, le respondí que el delantal que tenía puesto era un traje que usaba todo el día en todos lados. Al final me acusaron. Tuve que ir a Migración a contar que trabajaba para no ser carga del gobierno costarricense y para ayudar a la economía familiar. Me dijeron que tenía que nacionalizarme para poder trabajar y no me quedó alternativa. Tuve que hacerlo. Terminé siendo costarricense. En la época de La Copucha, ya me había nacionalizado. Me hicieron renunciar a la nacionalidad chilena. Cuando en La Copucha me visitó de nuevo un funcionario de Migraciones, casi le estampé en la cara el documento de identidad y me dejaron tranquila.

La Copucha era un lugar que acogía. Las divisiones internas entre los exiliados chilenos, si bien existían, a nosotros, que habíamos instalado el local como familia, no nos importaban. Culturalmente, en esos años había mucha actividad en Costa Rica. La familia completa vio mucho teatro, porque quienes tenían salas o actuaban en obras, nos invitaban a todos, eran muy cariñosos. Después, nos preguntaban qué nos había parecido tal o cual obra. Como nosotros éramos una familia numerosa, a las fiestas se iba con todos los niños. Todos partíamos en patota a todos lados. Los ticos eran más ordenados.

Al final, dejamos de poner los individuales que imprimimos al inicio y solo poníamos papeles, donde la gente dibujaba o escribía.

Una de las cosas lindas de ese tiempo fue que hicimos muchos amigos, quienes duran hasta el día de hoy. Cuando pudimos regresar a Chile en la década de los años ochenta, yo no quería venirme. Fue muy duro eso. Acá aún había dictadura. La Copucha quedó con un administrador, con Solange y su marido, pero el negocio se disolvió al año siguiente que nosotros regresamos a Chile. No quería venirme porque, mal que mal, fueron ocho años trabajando allá. Había peñas los viernes, sábados, se armaban grupos de chilenos, tocaban costarricenses y de otros países. Fueron años de mucho trabajo, pero de muy buenos recuerdos. Entre los padres, los hijos, los hermanos y los amigos nos cuidábamos. No fuimos una familia convencional: no nos molestaba que llegara la gente a nuestra casa el fin de semana, porque de alguna manera, la casa era la prolongación del local y nosotros entendíamos que mucha gente el día domingo no tenía adónde ir y nos buscaba en la casa, porque el local no estaba abierto ese día.

Entre las actrices chilenas que se establecieron allá en esos años duros, Carmen Bunster iba acompañada a tomar té a La Copucha, a la hora en que no iba nadie. Conversaba siempre con la persona que la acompañaba y nadie la molestaba. Sara Astica vino a Chile varias veces, trabajó acá en algunas cosas; creo que incluso en una obra de Juan Radrigán una vez, puede haber sido *Pueblo del mal amor*, si no me equivoco. Pero no tuvo grandes posibilidades de trabajo. Falleció acá. La dinámica de espacio ganado que había en Costa Rica para ella, acá en Chile no existía.